

El llama es de la altura de unos cuatro piés, y su cuerpo, incluso la cabeza y el cuello, tiene de cinco á seis de largo. Solo su cuello tiene cerca de tres piés de largo.

Este animal tiene la cabeza pequeña, bien hecha y los ojos grandes, el hocico un poco prolongado, gruesos los labios, el superior tendido y un poco pendiente el inferior. Sus orejas tienen cuatro pulgadas de largo, las lleva hácia delante, y las endereza y mueve con facilidad. Su cola no tiene mas que ocho pulgadas de largo, es recta, delgada y poco levantada. Todo su cuerpo se halla cubierto de una lana, corta sobre el lomo y sobre la cola, empero muy larga en los costados y debajo del vientre.

Hay llamas de varios colores: las hay blancas, y negras, y rubias.

Muy útil es este cuadrúpedo en el país en que habita, pues nada cuesta su alimento y conservacion. No tiene necesidad ni de grano, ni de paja, ni de avena. Bástale solo la yerba que paze, y de eso come muy poca cantidad.

Cuando por la vez primera desembarcaron los españoles en el continente americano, para establecerse en él les faltó lo que ya habian echado de menos con desesperacion en las Antillas, una cosa mas preciosa, mas necesaria que todas las minas, animales de carga para los trasportes.

Sabido es que la América, cubierta hoy por decirlo así de cuadrúpedos de toda especie como bueyes, caballos, etc., se hallaba privada entonces de ellos, y que estos animales hoy tan numerosos, que vagan en bandadas de miles en estado salvaje, fueron traídos por los españo-



Indios. Habitantes de la Tierra del Fuego.

res, siendo un inmenso bien que hicieron á aquellas comarcas.

Tan desconocidos eran los caballos á los naturales de América, que la vez primera que los indios vieron la caballería española, creyeron que el jinete y el caballo no hacían mas que una sola pieza, y así se comprende el terror que les causaron los españoles.

Los caballos traídos por los españoles no habian tenido en aquella época tiempo de propagar su especie sobre el continente americano, y los españoles hubiesen dado todo por encontrar algunos cuadrúpedos que pudieran reemplazar aquellos animales, al menos para llevar y arrastrar las cargas.

Entonces fué cuando al indicarles el país de las minas de oro y de plata del Perú, les indicaron también que por

allí encontrarían unos cuadrúpedos que los peruanos empleaban en el transporte de sus fardos como bestias de carga.

¡Eran los llamas!

Siguieron los españoles el ejemplo de los peruanos, y se servían de los llamas á pesar de su poca estatura como bestias de carga. No caminan sino lentamente y haciendo jornadas de tres leguas, y si se les hace andar mas de prisa que su paso ordinario, se echan al suelo con la carga y sin que sea posible hacerles volver á levantar, aun quitándoles la carga; no hay mas recurso que el de matar á los pobres animales para comer su carne y aprovechar la piel.

Cuando caminan llevando mercancías van por bandadas, y se dejan siempre cuarenta ó cincuenta descargados para relevar en caso de necesidad á los que se cansen demasiado ó se echan al suelo.

Los mayores que los conducen acampan en tiendas, y no entran jamás en las poblaciones para que puedan fácilmente pastar.

El llama es, de todos los animales que debemos á la América del Sur, el mas útil.

Otro dia quizá continuaremos trasladando al papel las noticias que sobre la expedicion científica al Pacifico en horas de muy grata conversacion, nos cuenta un amigo que tuvo la suerte de haber hecho esta campaña científica, que en mal hora la injusticia de aquellos desnaturalizados hijos de la España ha convertido en una guerra, dando lugar á que nuestra escuadra les recuerde el valor de los primitivos conquistadores, y que si España hace tres siglos tuvo un Pizarro para conquistarles, la España de hoy ha tenido un Pinzon y un Mendez Nuñez para vengar los agravios que se hacen á su bandera de castillos y leones, que por tanto tiempo se enseñorea con gloria en aquellas apartadas regiones, felices antes, presa hoy de la mas espantosa anarquía!!!!.....

EL CONDE DE FABRAQUER.

VERDAD HISTORICA SOBRE TODO.

Cumplidos ya sesenta años, el general don Evaristo San Miguel concibió el designio de escribir la *Historia de Felipe II* en el Real sitio de San Lorenzo: destierro político obligóle á vivir allí á fines de 1843 y principios de 1844 muy á gusto, porque entre libros se hallaba como el pez en el agua; y los Padres bibliotecarios Sanchez y Quevedo se los franqueaban obsequiosos. Una especie de archivo ambulante era aquel varon ilustre, á consecuencia de la vasta lectura y la feliz memoria, y todos los sucesos del reinado del segundo Felipe sabia particularmente al dedillo, como que á la sazón traíalos cotidianamente muy entre manos. Desde principios del siglo, y sin mas interrupcion que la de la invasion francesa, el Padre Guadalupe enseñaba á los curiosos todas las preciosidades de aquel santuario, comenzando por los altares de las reliquias, y concluyendo por el excelente crucifijo de Benvenuto Cellini en el trascoro. De todo hacia una relacion rutinaria: tal habrialo oído á su antecesor en el cargo; y así la espetaba á su auditorio, que por moneda corriente y sin exámen alguno admitia sus noticias como seguras. En el rincon de la derecha de la silla prioral del coro señalaba la que solia ocupar el rey Felipe durante los oficios divinos, con la circunstancia de estar allí en ellos cuando le trajeron la faustisima nueva de la gran victoria de Lepanto. Como testigo de vista hablo del respingo involuntario del general San Miguel al oír semejante especie; así como oí que dijo luego las siguientes frases.—«Padre Guadalupe, no vuelva vd. jamás á ser órgano de esa inexactitud estúpida. En 23 de abril de 1563 se puso aquí la primera piedra; á 7 de octubre de 1571 fué el magnífico triunfo alcanzado en Lepanto por don Juan de Austria; y hasta el 9 de agosto de 1586 en que se cantaron las vísperas de San Lorenzo, nadie pudo realmente asistir á los oficios divinos dentro de este suntuoso templo, ni desde el coro ni desde parte alguna.»—Con mansedumbre escuchó el Padre Guadalupe la advertencia afectuosa: no faltando quien oyera á un mozalvete barbilindo murmurar por lo bajo.—«¿Qué gana de quitar ilusiones tiene este viejo!»

De que Blasco de Garay aplicó el vapor á la navegacion

por junio de 1543 á la vista de toda Barcelona y antes que otro alguno, se halla la primera noticia en la introduccion apreciable de la *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, del erudito señor don Martin Fernandez Navarrete. Con fundamento divulgó por indudable, pues el señor don Tomás Gonzalez tenia reputacion de formal y se lo habia comunicado en carta de 27 de agosto de 1825 desde Simancas, no sin el aditamento de que así resultaba de los expedientes y registros de aquel archivo famoso. Años adelante hizo allí larga residencia el coronel don José Aparici y García, para ilustrar la historia de los ingenieros en España, por comision del general Zarco del Valle, y con auténticos y copiosos documentos puso muy en claro que todo el invento de Blasco de Garay se redujo en suma á poner ruedas á las bandas de los buques, movidas interiormente por mayor ó menor número de hombres asidos á cigüeñas ó manubrios, y cuyos rayos hacian las veces de remos. Por si publicara el entendido coronel de buen grado sus muy fructuosas investigaciones; mas siempre se lo embarazaron personas, que dan al patriotismo torcido y mal rumbo. En el cuarto número de *la América* determinéme á insertar un artículo razonado con los documentos, que la fina amistad del señor Aparici y García me habia facilitado once años antes; y no dejó de producir efecto, bien que no todas fueran satisfacciones y alabanzas. Una persona tan respetable como el señor don Jorge Lasso de la Vega se me opuso en la *Crónica Naval* por entonces, y calificó de poco conveniente y algun tanto extemporáneo, de más erudito que patriótico, y de imprudente é inoportuno ese alarde inesperado y no provocado de conciencia, ese pasarse, por decirlo así, á los reales enemigos.

Como estos pudiera citar muchos ejemplares; por no emprender la prolija tarea de reseñar cuantos se agolpan á mi nada infeliz memoria, no puntualizaré más que dos recientes y muy curiosos.

En las historias de Avila se habla de las *Hervencias* ó *Fervencias*: entre otras se sacó á relucir esta tradicion con motivo de la estancia de SS. MM. en aquella ciudad á principios del pasado otoño. Referente es á los primeros años del reinado de doña Urraca y á los dias en que su esposo don Alfonso el Batallador venció á los guardadores de su entenado el niño Alfonso en Viadangos. Segun la *Historia Compostelana*, desde allí se retiraron á Orcejon con el príncipe los vencidos y después á Galicia; y la sana crítica lo debe reconocer de este modo, porque en Galicia era donde tenian pujanza y ascendiente el obispo don Diego Gelmirez y el conde Pedro Floraz de Traba, que se disputaban su custodia. Pero la tradicion supone que de Viadangos fué traído á Simancas y de Simancas á Avila el niño Alfonso; que á poner sitio á la ciudad vino su padrastro; que desde la torre ó el cimborrio de la catedral se lo enseñaron los vecinos, en muestra de que le guardaban leales; y que ofendido é irritado el Batallador de que no le pusieran en sus manos, al punto dispuso que fuesen degollados algunos caballeros de Avila, que tenia en rehenes, y hervidas además sus cabezas; de donde provinieron la denominacion de las *Hervencias* tan decantadas y las armas concedidas á la ciudad por el hijo de doña Urraca, donde se figura á un rey asomado á lo alto de una torre. No pudiendo llevar en paciencia el docto señor don Vicente de la Fuente, distinguido catedrático de la Universidad Central y miembro de la Academia de la Historia, que los periódicos apadrinaran tradicion semejante, no muy hon-

rosa para uno de nuestros monarcas, al dar cuenta de que al cimborrio de la catedral de Avila habian subido S. M. la Reina y S. A. el principe de Asturias, muy luego publicó en *El Pensamiento Español* una carta, de que se copian las siguientes frases.—«Esa tradicion es una fábula ridicula calumniosa é inverosimil, mal forjada en el siglo XVI por falsario tan torpe como ignorante.... Don Alonso VII no estuvo en Avila siendo niño, ni salió de Galicia ó sus confines, y por tanto la tradicion de las fervencias de Avila es enteramente contraria á la verdad y á la cronología.... Nadie tiene derecho á calumniar á los muertos, y en tal caso el defenderlos es un acto de caridad y de justicia. Tampoco se deben dejar sin correctivo hechos tan infamantes para nuestros antiguos reyes, de que muchas veces se prevale la revolucion para fines torcidos. Por ese motivo he creído deber tomar la pluma para desmentir esa conseja, y estoy dispuesto á vindicar la memoria del noble, piadoso y valiente don Alonso el Batallador contra los que quieran sostener esa inverosimil y aprócrifa leyenda.»—Persona tan digna y grave como el presidente de sala del Tribunal Supremo de Justicia, señor don Juan Martin Carramolino, se apresuró á recoger el guante; y ambos señores sustentaron en *El Pensamiento Español* una interesantísima contienda literaria. Ya circulan unidos los articulos todos en un opúsculo ó folleto. Puntos esenciales de la argumentacion del señor La Fuente son el testimonio de los coetáneos Diego Gelmirez y don Rodrigo Jimenez de Rada, y la demostracion de que Alfonso VII no pudo estar en Avila de niño, con razones de historia, de política y de estrategia. Oportunamente bosqueja además los hechos y el carácter de don Alfonso el Batallador á tenor de auténticos datos, y por consecuencia natural brotan estas palabras de su pluma.—«Pregunte el señor Carramolino á cualquier militar español si cree que un hombre valiente y que ganó treinta y nueve batallas; que muere como valiente en el campo del honor, batiéndose con trescientos caballos contra diez mil hombres; que en todo se muestra noble, generoso, profundo político, y español de corazon, es capaz de hacer la vileza de asesinar á sangre fria los rehenes, que tiene bajo palabra de honor y juramento, y le dirán á una voz que es inverosimil, que es imposible.» No obstante, dispuesto se manifiesta el señor La Fuente á dar por nulas todas sus reflexiones, si se le presenta original el privilegio, por el cual se supone que Alfonso VII dió á la ciudad de Avila sus armas. Nada satisfactorio contesta el señor Carramolino, sino la repetición de vulgares decires, consignados en relaciones varias no anteriores al siglo décimo-sexto: de don Alfonso el Batallador habla con grande elogio: sobre la estada en Avila del principe niño no apunta ningun comprobante; y acerca del privilegio original de las armas de la ciudad está sin noticias. Pero á vueltas de vaguedades y razones flojas en que incurre, á pesar de sostener una mala causa, harto bien deja adivinar el sentimiento, de que sin ton y sin son le ocurra á un crítico salir á dar al traste con una tradicion gloriosa de su ciudad nativa.

Todos han oido afirmar que á Francisco I de Francia sirvió de prision en Madrid la torre, que se alza en la plazuela de la Villa y frente por frente de la casa de Ayuntamiento. Recientemente la ha adquirido el Estado, aun constando que jamás sirvió de prision al monarca vencido en Pavía, segun razonadísimo informe de la Academia de la Historia. Allí están hoy instaladas la Academia de Ciencias exactas físicas y naturales, la de ciencias morales y

políticas y la Sociedad Económica Matritense. De esta última corporacion es secretario digno el juriconsulto y paleógrafo Don Juan Tró y Ortolano: ahora acaba de publicar el *Resumen de sus actas y tareas* durante el año próximo pasado, y sobre la traslacion al nuevo local se expresa de este modo.—«Será fácil que alguno me quiera formar cargo por las expresiones, que van anunciadas y que dan interés al edificio en que ahora residimos, mediante á que, no habiendo servido esta casa ni su torre de prision al rey vencido en Pavía, segun el dictámen de personas entendidas, nos hacemos eco de una tradicion sin fundamento y desacreditada. Prescindiendo de que he tenido cuidado de valerme de las mismas frases, que las citadas órdenes usan, cabe una buena defensa todavia. Los que se llaman á sí mismos críticos, los que se erigen en vindicadores de la verdad, no siempre aciertan en sus juicios; y aun cuando las consecuencias de sus indagaciones sean exactas, á las veces no suelen ser oportunas. Se comprende que, cuando se trata de hechos graves, trascendentales, cuya averiguacion importa á la honra de la nacion, se hagan cuantos esfuerzos sean imaginables para justificar la existencia del hecho que se niega, ó para desmentir la del que se asegura. Pero cuando la critica, esa critica helada y sin misericordia, se ocupa únicamente en cuestiones leves, en detalles de un hecho de que nadie duda ó en circunstancias indiferentes, ¿qué resultado produce? ¿Qué ventajas proporciona? Que Francisco I de Francia, tan frívolo como soberbio, prisionero en una de tantas victorias de nuestros famosos tercios, fué traído á llorar su despecho á Madrid, es cosa que está fuera de disputa, y sobre la cual no ha habido contradicción ni aun siquiera la más vacilante sospecha. Pero al mismo tiempo corria vulgarizada la voz de que los envejecidos muros, que hoy son benéfico asilo y tranquila morada de la ciencia, sirvieron de cárcel al humillado monarca francés: y aun se enseña la pequeña puerta, por donde ese mismo rumor aseguraba que salia á nocturnos devaneos y á novelescas aventuras. Pues bien, en estos últimos tiempos se ha querido destruir esa opinion, y se ha tenido la nada difícil pero estéril satisfaccion de demostrar que la prision de Francisco I fué el Alcázar Real y no la torre de los Lujanes; y qué ¿esta circunstancia tan extrínseca y accidental varia el hecho por mil motivos importante de su prision en Madrid? ¿Disminuye la gloria que le rodea? En buen hora que esa y otras cuestiones análogas ocupen la actividad de los Cuerpos científicos allá en el fondo de sus salones, y á los sábios en el misterio de sus gabinetes; pero dejen al pueblo sencillo con sus halagüeños recuerdos, con sus patrióticas creencias, con esos pormenores alegres y casi poéticos, con que adornan la relacion de sus glorias y que facilitan su memoria y sostienen su entusiasmo y fomentan su sentimiento nacional.»

Siempre que escritores diligentes extirpan errores comunes, les salen al encuentro impugnadores semejantes, á menudo hombres de respetabilidad y cordura; pero no impregnados en el espíritu de la filosofía y de la historia. Esta no tiene mas que á la verdad por norte, al descubrir lo ignorado como al enmendar lo mal sabido. Legítima fuente es la de la tradicion cuando no cae pulverizada ante datos seguros. No hay manera hábil de escribir historia sobre la base de la mentira ó de la ocultacion de la verdad á sabiendas: esto es rudimental de todo punto: quien se considere sin energia para esclarecer lo pasado, sin contemplaciones á influencias poderosas ó á preocupacio-

nes populares, que deje la tarea fecunda á almas de mejor temple, y aplíquese á otros ramos de literatura. Para los historiadores hasta es deber de conciencia decir la verdad indagada, aun en los casos terribles de que supuestas glorias se tornen quizá en hechos desdorantes para su patria querida. Nunca hay carta blanca para hacer de la verdad caso omiso en lo esencial ó accidental de lo chico y de lo grande. Bien hizo el general San Miguel en corregir la plana al Padre Guadalupe: no estoy arrepentido de haber demostrado la notable inexactitud en que el señor Gonzalez hizo incurrir al señor Fernandez Navarrete: digno de aplausos es el señor La Fuente por su victoria sobre el señor Carramolino en dicha contienda literaria; y lucidamente corresponde la Academia de la Historia á su instituto con aclaraciones eruditas como la censurada por el señor Tro y Ortolano. ¿Acaso pierde un átomo de su trascendencia el triunfo de Lepanto, porque Felipe II no recibiera la noticia en el coro del monasterio de San Lorenzo? Como dijo sabiamente el gran Quintana: *El don de la invencion es de fortuna*; y lo importante seria que hoy superáramos en aplicar el vapor á la navegacion á todas las naciones, mas no engalanarnos con plumas ajenas á lo grajo, persistiendo en atribuir á Blasco de Garay lo que no le pasó por la mente. Avila tiene gloria, de sobra, sin forjar la fabulosísima de haber custodiado de niño á Alfonso VII dentro de sus muros. Cincuenta y nueve años hace que de Madrid se llevaron los franceses la espada rendida por su rey en Pavia, sin disminuir por eso un ápice la magnitud de aquella victoria. ¿En qué la desvirtua el hecho de no haber sido la prision de aquel monarca en la torre de los Lujanes? Racional es que la sana crítica truene contra los que propalan errores, é insostenible que se deba legítimamente alzar clamoreo contra los que indagan y publican verdades. Mas que de peregrina tiene visos de absurda la especie de que las corporaciones científicas y los sabios diluciden las materias á puerta cerrada y de que escatimen al pueblo sencillo el fruto de sus asiduas tareas. ¿No equivaldría eso á volver á la época del antiguo Egipto, cuando los saberes se vinculaban en el santuario? Derecho tiene la muchedumbre á ser participe de toda ensejanza, y muy principalmente en su historia: participe debe asimismo ser de cuantos descubrimientos hagan los eruditos; y para mayor ilustracion suya en ningún monumento de utilidad ó de ornato conviene poner inscripciones más que en su lengua propia.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

DE LOS LEGISLADORES EN GENERAL. (1)

DEL CATOLICISMO, DE LAS LEYES DE CARONDAS Y DE LAS DE ZALEUCO.

Un legislador filósofo antes de plantear leyes nuevas, antes de formular nuevas constituciones, antes de emitir reglas y teorías políticas, observa los usos y costumbres de distintos pueblos, asiste á todos sus públicos espectáculos y á todas sus fiestas religiosas, se instruye de la forma y naturaleza de los mejores gobiernos de los pueblos mas

(1) Insertamos con satisfaccion y mucho gusto este artículo del señor Constanza, porque este conocido escritor, ya con severa crítica, ya con refinada ironía, escarnece y reduce á polvo las falsas y disolventes doctrinas de los comunistas y socialistas, y de los enemigos impíos del catolicismo.

civilizados, y observa la marcha y los progresos del espíritu humano, hermanando la política con la moral. Esta última parte es la mas difícil y espinosa; y nosotros, que hemos tenido la dicha de nacer en el seno del catolicismo, única y verdadera religion, bajada del cielo, podemos darnos mil parabienes y esclamar: «En el catolicismo todo es perfecto, y si la injusticia de los hombres separa con malignidad alguna vez la moral de la política, la ley del Crucificado condena al infractor, convirtiéndole en objeto de maldiciones eternas y en blanco del aborrecimiento de todos sus semejantes. ¿Hay por ventura un código de santidad tan sublime como los Evangelios? ¿Quereis, racionalistas miserables, con vuestra nueva é insensata filosofía, que hayan sido inventados?—¡Ah! no se inventa de esta manera, dice Rousseau, y si se quiere sostener este absurdo, añade el mismo elocuente escritor, yo digo que el que los inventó, es mas grande que su misma invencion.»

En el fondo del Oriente aparece un astro luminoso; en la inmensidad de los mares se oye una voz misteriosa; «¡El gran Pan ha muerto! Se conmueve la tierra; se desploman todos los imperios de la antigüedad; Roma, capital del orbe y sus Césares han perdido su grandeza, su imperio su lustre: ¿qué ha sucedido? Acaba de nacer un niño, hijo de Maria, y su casto esposo, que es un carpintero, le adora. ¿Quién es ese niño? Es el *Rex regum* y el *dominus dominantium*; es el Redentor de todas nuestras culpas; es el Hombre-Dios. Calumniado por los judíos; lo sufrió todo del pueblo deicida; calumniaron su memoria los gnósticos; Porfirio, Jamblico, Proclo, Plotino se convirtieron de filósofos en magos para desmentir sus milagros. Pero sus leyes, que respiran santidad, echan raíces muy hondas; perece la idolatría; perecen las constituciones de Grecia y Roma; perece el error. Pero la hidra infernal levanta nuevamente sus cabezas asquerosas en el siglo pasado. El sacrilego Voltaire dá al Cristo el nombre de *infame*; D^r Argens, blasfema contra el cristianismo y le escarnece; la Mettrie escribe la *Historia natural del alma*, el *hombre planta* y el *hombre máquina* para probar que no hay espíritu ni Dios; y Dupuis, mas resuelto en su impiedad, dice que el Cristo y sus apóstoles son entes imaginarios. Mas tarde la diosa única es una ramera, y su nombre magnífico es LA RAZON. ¿Qué leyes gobernarán al mundo? las de Minos, que sancionaban la pederastia; las de Solon, protectoras de una democracia tumultuosa y anárquica; las de Licurgo, que autorizaban el robo y el adulterio. ¿Llegó, pues, el catolicismo al término fatal, que le aguardaba? Inclinémonos todos ante la sabiduría antigua. Minos, Solon, Licurgo, vosotros fuisteis, y sereis hasta la consumacion de los siglos los legisladores del mundo. ¡Miserables insensatos! Todo ese edificio impio, basado en sacrílegos cimientos, todo ese edificio inmundo, que revela la obra asquerosa de una avilantez repugnante y sin ejemplo, se desploma y triunfa nuevamente la ley del Crucificado. ¡Ah, si! esa filosofía se apoyaba en la arena, y todos esos filósofos eran indignos del nombre de sabios.—No cabe duda que el catolicismo es un edificio de antigüedad respetable; pero se necesitan armas de mejor temple para abatirle. Muy bien, filósofos modernos, ya que el catolicismo ha caducado, como lo anuncia con lastimosa y miserable desfachatez, vuestra impiedad é ignorancia profunda, permitidme que eche una ojeada á los hacedores de sistemas y racionalistas modernos, para daros á conocer lo mucho que merecen esos ingenios privilegiados.

El célebre reformista Saint-Simon quiere la mujer libre, la igualdad absoluta de los dos sexos, la comunidad per-

fecta de bienes y mujeres, y espera un Mesías del sexo femenino. En Suiza apedrean á los sansimonianos; el gobierno francés entabla una acusación formal contra esos sectarios, culpándoles con sobrada justicia de corruptores de las costumbres y de la moral pública, y el padre Enfantin va á predicar á las pirámides de Egipto por carencia de secueces en Europa. Los pitagóricos, Platon en su *República*, Campanella en la *Ciudad del sol*, Tomás Moro en su *Utopía*, el autor de *Icaria*, fueron todos comunistas; pero no proclamaron la igualdad absoluta de ambos sexos, ni esperaron á un Mesías femenino. Estas dos cosas las debemos á Saint-Simon y al padre Enfantin. El inmortal Vicente Gioberti, hablando de esos dos reformistas, tipo del humano delirio, hablando de Carlos Fourier y de su falansterio, hablando de todos los socialistas en general, se espresa en esta forma: «¿Qué diremos á todos esos hombres, que proclaman la comunidad de bienes y mujeres, que no admiten el matrimonio, y que pretenden organizar una sociedad nueva, quebrantando todos los lazos sociales?—No les diremos nada, y nos contentaremos con encogernos de hombros.— Pero que guarden ahora silencio todos los reaccionarios, que viven aun sepultados en las tinieblas de la ignorancia ¡infelices! Ya viene Proudhon, y nos anuncia cuatro verdades fundamentales: «La propiedad es un robo; la guerra es el estado natural del hombre y la base de su bienestar; el cristianismo es una farsa, y su fundador fué Virgilio; el mejor de los gobiernos es aquel en que no hay leyes.» ¡Qué verdades colosales! ¡qué verdades eternas! y nos causa maravilla, que las sociedades de la Europa moderna se han descuidado hasta el punto de no adoptarlas en una época, como la nuestra, en que todas las inteligencias filosóficas mas superiores tienden, en mayor ó menor escala, á divorciarse del sentido comun. En cuanto al cristianismo y al catolicismo en particular el doctor Strauss y Mr. Renan nos han dado á conocer la nulidad de los Evangelios, pasando por alto, no con malicia ni con ignorancia, sino con una sencillez toda *sui generis*, las historias y las tradiciones mas auténticas y fidedignas, las doctas y eruditas refutaciones de los primeros padres de la iglesia griega y latina contra los gnósticos y otros herejes, y echando mano de sofismas y sutilezas, que Orígenes redujo á polvo, refutando á Celso. Nos parece, sin embargo, muy del caso advertir en este lugar, que entre Strauss y Renan media mucha diferencia, porque en el primero se descubre toda la malignidad de un filósofo blasfemo, que abusando de la elevación y grandeza de su talento, pone en juego todos los ardis literarios y científicos para calumniar á Jesus y á sus apóstoles; al paso que en el segundo no se descubre mas que á un Arlequin racionalista, y á un compilador ridículo de las falsas doctrinas de Strauss, espuestas muy á menudo con afectado pirronismo y cierta ligereza, calificada de elocuencia por los tontos (1).

De todas las ideas que acabamos de emitir se deduce como consecuencia necesaria, que la política se funda en la moral; que el elemento cristiano únicamente, que respira santidad y justicia, tiene una fuerza civilizadora irresistible, y que entre los legisladores antiguos merecen mucho aprecio y una preferencia decidida los que han dictado sus leyes sin perder nunca de vista los principios de la moral. En el reducido número de esos ilustres varones y legisla-

dores insignes ocupa un lugar distinguido el filósofo Carondas, natural de Catania, como nos dan un claro testimonio de ello las leyes, que dictó á Turio (1), y que vamos á reproducir en estas columnas.

LEYES DE CARONDAS.

I. Invocad al Ser Supremo antes de deliberar y obrar, porque Dios es la causa primera de todos los bienes. Evitad sobre todo las acciones injustas para ponerlos acordes con ese Ser: nada hay de comun entre la injusticia y la divinidad.

II. En vuestras obras echad mano de todos los resortes que están á vuestro alcance, y que todos vuestros actos tengan tanta dignidad como justicia. Es indecente, y manifiesta pusilanimidad el hombre que repara y fija toda su atención indistintamente en las cosas grandes y en las pequeñas. Fijaos sin negligencia en los negocios importantes, y que tenga cada cosa el lugar que le corresponde. Este medio únicamente puede granjearnos consideraciones y respeto.

III. Nadie socorra ni á la mujer ni al hombre perversos, tildados por los tribunales: que todos eviten su compañía: dime con quién andas y te diré quien eres. Buscad, por el contrario, á los que tienen en su abono la opinión pública, y apreciad su sociedad, porque todos debemos aspirar á la perfección, que es nuestro único fin. Imitando la virtud, se llega á ser realmente virtuoso; pero sin perfección no hay virtud.

IV. Defendereis siempre á vuestro conciudadano oprimido, tanto en vuestra tierra natal como en pais extranjero.

V. El hombre respetable en su patria, y observador escrupuloso de sus leyes, será bien acogido en otras tierras. Todos le admitirán en sus hogares, y se le dejará muy libre en todas sus acciones. No olvideis que Júpiter hospitalario es un dios comun á todos, y que no aparta sus miradas ni de los hombres amigos de la hospitalidad ni de los inhospitalarios, y que rechazan á sus huéspedes.

VI. Que manden los viejos á los jóvenes por el imperio de sus virtudes, y su aborrecimiento al vicio; pero que su amor á la virtud sea sincero y no una hipocresía. Los viejos viciosos tendrán hijos viciosos, y tales serán los hijos de sus hijos. El vicio y la desfachatez engendran la injusticia y los atropellos, y estos engendran la ruina y la muerte. Que el vicio, pues, nos inspire siempre horror, y que seamos todos virtuosos. No separándonos de este camino, mereceremos la benevolencia y el apoyo de la Divinidad: el cielo no ama á los perversos.

VII. Que amen todos el honor y la verdad, y que detesten la desfachatez y la mentira: estos son los caracteres que distinguen la virtud del vicio. Que se acostumbren todos desde su primera infancia á contraer buenos hábitos; que el candor sea honrado y la mentira castigada. Este es el único medio de estampar en el fondo del alma la imagen de la virtud para que su germen fructifique y se conserve siempre precioso.

VIII. Esforzáos en todos los tiempos para adquirir mas bien la fama de sábios que de prudentes. Una ostentación de demasiada prudencia puede ser indicio de pusilanimidad ó inesperienza.

(1) Recomendamos encarecidamente á los lectores la excelente obra de Mr. Guillon sobre los errores de Gibbon, Strauss y el israelita francés Salvador.

(1) Antigua ciudad de la Magna Grecia en el ex-reino de Nápoles.

IX. Que vuestras buenas palabras guarden conformidad con vuestros pensamientos y vuestras acciones.

X. Que amen todos á los magistrados, que les respeten y que les obedezcan como á sus propios padres. Los que se apartan de este deber, se esponen á la venganza de los dioses domésticos, porque los magistrados protegen á los ciudadanos, como los dioses tutelares. Pero deben obrar con justicia, deben amar á los ciudadanos, como hijos, y en sus fallos deben cerrar el oído al oíio, á la amistad y á todas las pasiones.

XI. Honrad y tened en mucho aprecio al rico que socorre al pobre, porque auxilia y protege á un defensor de su patria. Pero merecen ser ayudados y socorridos los que se han visto ultrajados por la fortuna, y no los intemperantes y perezosos. La fortuna no depende de nosotros, la pereza y la intemperancia, por el contrario, son propias del hombre perverso.

XII. Es un acto virtuoso delatar el crimen, porque todos los que cooperan á la observancia escrupulosa de las leyes, merecen el nombre honorífico de dioses tutelares de la patria. Pero delatad los crímenes premeditados, y no los errores y los debilidades inherentes á nuestra naturaleza. Son crímenes la irreligion, las injurias voluntarias contra los parientes, el desprecio premeditado contra los magistrados, contra las leyes y contra la justicia.

XIII. Es mas lisonjero morir para el bien de la patria que conservar su vida, abandonando su puesto y su honor. Es mejor perecer con gloria, que arrastrar sus días en el lodo de la vergüenza y de la infamia.—Que se honre á los difuntos, siendo reconocidos á su memoria, y no con lágrimas y gemidos. Que todos los años se les ofrezcan las primicias de las frutas: los lamentos excesivos ofenden á los dioses que presiden al Tártaro.

XIV. El que ha servido de blanco á la injusticia, que no la rechace con una injuria: los dioses prefieren las palabras dulces á los ultrajes: el ciudadano, que vence su cólera es preferible al que se abandona á la ira.

XV. El que edifica una casa con mas majestad que los templos de los dioses ó los palacios, destinados al servicio público, lejos de ser digno de aprecio, merece el nombre de infame. Ningun edificio particular debe insultar por su magnificencia á los monumentos públicos.

XVI. El hombre esclavo del dinero, merece desprecio. Que se le mire como á un ser pusilánime, envilecido, degradado y vano, como á un bufon de teatro. El hombre, que piensa, sabe apreciar sus bienes, pero no se deja deslumbrar por un falso esplendor.

XVII. Absteneos de todo discurso impúdico. El acto de manchar sus pensamientos con hechos infames, es lo propio que familiarizarse con la desvergüenza y el crimen. Lo que es honesto y merece nuestro acatamiento, tiene un nombre análogo y decente, que está consignado en las leyes. Debemos sonrojarnos de nombrar lo que nos es menester odiar. Que se tenga, pues, por vergonzoso, pronunciar palabras indecentes.

XVIII. Amemos á nuestra legítima esposa, y no á otras, para dar hijos á la patria. Que no prodiguemos fuera del lecho nupcial los dones de la naturaleza para la propagación de la especie. Que no se desperdicie vergonzosamente lo que la naturaleza y la ley consideran como un bien precioso. La naturaleza nos lo ha concedido para reproducirnos, y no para que nos excedamos en abusos. Que las mujeres sean castas, y que no se abandonen á infames adulterios, porque hay dioses vengadores, que persiguen á las muje-

res culpables, que las destierran de los hogares domésticos y que las abrumen de pesares y odios crueles.

XIX. El que da una madrastra á sus hijos, no merece mas que desprecio, y ningún honor, porque introduce la discordia en el seno de su familia.

XX. Que todos estos preceptos sean religiosamente observados, y que se castigue al prevaricador, abandonándole á la execración pública.

Además de estas leyes de Carondas, extractadas de Stobeo, Diodoro Sículo nos ha conservado las siguientes:

I. Los calumniadores serán conducidos por la ciudad con una corona de tomillo (1) en la cabeza, á fin de que todos conozcan que han llegado al apogeo de la infamia.

II. Se prohíbe toda especie de relacion con los malvados, y el que les frecuenta, será castigado por un abandono universal. Muchos hombres virtuosos se han dejado arrastrar al vicio por el mal ejemplo.

III. Todos los hijos de los ciudadanos, qué aprendan á leer y á escribir bajo la férula de maestros pagados por el tesoro público, porque mediante la escritura se ejecutan las cosas mas útiles para la vida, como los escrutinios, las cartas, los testamentos, la institucion de las leyes y todos los deberes sociales.

IV. Los bienes de los huérfanos serán administrados por los parientes paternos mas próximos, y esos huérfanos serán educados por los parientes maternos mas próximos.

V. A los que hayan abandonado su puesto en los ejércitos, se les espondrá tres días seguidos en la plaza pública en traje de mujer, porque la ignominia tiene siempre algo de mas bochornoso que la misma muerte.

VI. Si un hombre saca á otro un ojo, que sufra igual pena.

VII. La mujer que se ha divorciado, no podrá casarse con un marido mas jóven del que ha tenido, ni el hombre divorciado podrá casarse con una mas jóven de la mujer que ha abandonado.

VIII. El pariente mas próximo de una heredera universal, puede pedirla en matrimonio judicialmente.

La historia nos ha conservado estas pocas leyes de Carondas, y otras muchas de este legislador insigne se han perdido para desventura de la humanidad. Es de suponer, sin embargo, que todas respirarian amor á la justicia y á la equidad, porque las que acabamos de referir nos inducen á creer, que Carondas no perdió nunca de vista el bienestar de sus conciudadanos, hermanando la política con la mas sana y rígida moral.

Ignoramos to los los pormenores de su vida, y sabemos únicamente que se suicidó, porque despues de haber impuesto como ley, que ningun ciudadano se presentara armado en las asambleas públicas, él entró descuidadamente con su espada al lado en una gran reunion, cuyos miembros habian intervenido para discutir importantes negocios del Estado.

ZALEUCO.

De este gran legislador de Locres (2) no tenemos mas que su Declaracion de los deberes de los ciudadanos, cuyo extracto damos á nuestros lectores:

«Todos han de reconocer la existencia de los dioses: la

(1) Los antiguos consideraban al tomillo como planta maldecida.

(2) Antigua ciudad del ex-reino de Nápoles.

vista del cielo y del universo, el órden admirable de la naturaleza indican la presencia del gran Ser que les ha organizado. Esta bella obra no es un producto del hombre y mucho menos del acaso: y en atencion á que hay dioses, debemos adorarles, como autores de todos nuestros bienes; de lo que se deduce que cada cual debe esforzarse en conservar su alma pura y sin mancha, porque el Ser supremo no acepta las plegarias de los malvados. No se deja seducir como el hombre perverso por sacrificios pomposos ó dones, y no quiere mas ofrendas que un corazón puro, y actos y pensamientos honestos y justos. El que desea, pues, tener propicios á los dioses, que sea bueno para lograr su intento; que tema menos la pérdida de su fortuna, que la de su virtud y honor.

«Si hay mortales que rechazan la evidencia de estos principios, y cuyo corazón se inclina al mal, sepan todos, que hay dioses que castigan á los malvados, y estos despues de su muerte se arrepentirán de no haber vivido en este mundo siguiendo la justicia y la virtud. Si alguien, inspirado por los Genios malos, se ve arrastrado á la injusticia, que corra á los templos de los dioses, que abraze sus altares, y que busque allí un asilo contra la injusticia, el mas cruel y terrible de los déspotas. Que frecuente á los hombres célebres por sus virtudes, que escuche con docilidad todos sus discursos acerca de la verdadera felicidad, y del castigo reservado á los réprobos: hé aqui el medio de retirar su alma del lodo del delito.

«Todos obedecerán á las leyes, respetarán á los magistrados, se quedarán en pié á su presencia, y ejecutarán puntualmente sus órdenes.

«Nadie debe preferir la faja de tierra, que le ha visto nacer, á toda su entera patria, si no quiere esponerse á la cólera de los dioses protectores del Estado. Es tambien una falta muy condenable la de abandonar la patria para vivir en tierra estraña, porque nuestro bien principal es nuestro propio pais.

«Que nadie ofenda al gobierno ni á uno solo de los ciudadanos: el magistrado observará primero al prevaricador, luego le advertirá y últimamente castigará al que reincida.

«Que obedezcan todos á las leyes; pero los gobernantes deben manifestarse afables y no insolentes. No conozcan en sus fallos ni amigos ni enemigos, y no tengan mas norte que la justicia.»

SALVADOR COSTANZO.

LITERATOS FRANCESES.

En Francia, cuyo fecundo ingenio lo espiritualiza todo, donde se han producido obras como *Las Flores* y *Las Estrellas animadas*, se ha llevado hasta el último límite de la popularidad la fantástica creacion de Poisson de Terrail, y *Rocambole* ha servido hasta de motivo para presentar reunidos á todos los mas notables literatos franceses.

Allí se ve en la parte superior del grabado á la baronesa de Dudevant, ya muy respetable señora, que bajo el pseudónimo de Jorge Sand, es universalmente conocida por sus novelas y su vida de aventuras desde que abandonó el castillo de Nohant. A su derecha está Lamartine, el cantor de *Las Armonías*, de *Jocelyn*, de *La Caída de un Angel*; el que se ha hecho interesarse á todos por los Girondinos y ha historiado á la Turquía, nos ha dado á conocer de una ma-

nera encantadora las grandes celebridades que del seno del pueblo han empujado el carro de la civilizacion, que enseña la literatura con el encanto de la poesia y sin la pesadez de la didáctica, y que siendo hoy una gloria literaria y politica de la Francia, habiendo atesorado riquezas, le llaman hoy ilustre pordiosero, y la nacion le da una recompensa nacional para que no la vuelva á llamar ingrata, y acabe, si es posible, con mas tranquilidad sus dias el solitario de *Saint-Point*, que ve, sin embargo, su casa tan concurrida como el palacio de un soberano, mostrándose con todos obsequioso y espléndido.

A la izquierda, y sobre la solitaria roca de Jersey, con la barba sobre la mano derecha y meditabundo, está el autor de *Nuestra Señora de Paris*, el jefe del romanticismo, el novelista filosófico-político, el campeón de las ideas liberales, que será siempre una gloria de la Francia, aunque viva en el ostracismo.

Los demás escritores están formando círculo al rededor de los combatientes, presenciando los ejercicios de Rocambole, distinguiéndose á la izquierda Alejandro Dumas, el fecundo é inagotable novelista, rodeado de cuartillas, que escribe ó dicta veinte á la vez, y cuya fantástica imaginacion halla recursos en sus mayores apuros, sabe resolver los mas difíciles problemas del enredo y la intriga dramática, apareciendo la solucion que da como la mas natural, y sin escrúpulo por las reglas ni por la verdad; y á su lado está su hijo, la única obra para la cual ha rehusado otra colaboración, y que dado á conocer con *La Dama de las Camelias*, explota ese género de literatura que forma las delicias y el encanto del *Demi-Monde* y pervierte la candidez del corazón. Encima de ellos Sandeau, el autor de *Magdalena* y otras obras parecidas, y Merimée, que lo es de *Colomba*. A la derecha Janin, el príncipe de los críticos franceses, á quien la gota tiene clavado en un sillón, pero que jamás le hizo perder su buen humor crítico y su recto juicio. Teófilo Gautier, conocido de los españoles por su libro de un *Viaje por España*; Sainte-Beuve con su inseparable gabán de terciopelo, y Pablo de San Victor, el autor de *Hombres y Dioses*, notables estudios de historia y literatura.

Debajo del grupo de los Dumas están Arsenio Houssaye, el Nemoroso de los escritores franceses, el que es tan elegante en su porte como en su estilo, y ha sabido pintar de mano maestra la mujer de los tiempos pasados y la del presente; Gustavo Aimard, el gran jefe de las montañas y de las rocas, con su vestidura salvaje; Mary Lafon, el verídico historiador de las orillas del Garona; Pablo Féval, el Breton bretoniano, y A. Magnet, el narrador de las relaciones y cuentos de capa y espada.

Descendamos y veremos á Stahal, que ensaya vanamente esconderse bajo la barba poderosa de Mr. Hetzel, el editor artista; Pablo de Kock apurando su último breva, servido por la última griseta; Capendu ostentando su espada toledana; Bocacio, que piensa en los melodramas que ha ejecutado su tío; las dos cabezas en un mismo sombrero ó bonete de clase son las de los hermanos Goncourt, y las otras dos en una gorra de cuartel antigua son la razon social Erckmann-Chatrian.

En el medallón de abajo Guizot y Thiers reconciliados por la comun desgracia, hablan de sus gloriosas campañas de otras veces, y al lado de ellos los distinguidos en letras y elocuencia como Villemain, de Broglie, Berryer, etc. Al pié de estas glorias literarias de la Francia se ve el huevo empollado con tanto cuidado por los *Debates*, y del que se escapa el joven Prevost-Paradol.

Fuera del círculo, Mr. Viennet se avanza discretamente para colocar su pequeña fábula; y J. Simon lanza desde lejos una mirada de cordial inteligencia al grupo de los políticos.

Un poco mas alto, por la derecha, Edmundo About, que

estudia los espirituales sarcasmos de Voltaire; Taime el humorístico, autor de un *Viaje a los Pirineos*, profundo pensador y elegante escritor; Assollant y Merlet, los hijos de la universidad; Barbey d'Aurevilly, que viste á la moda de 1830;



Ejercicios de Rocambole.

el terrible Jouvin realizando sus pruebas; el sustancial Sarcey; Richard y F. Bechard, dos valientes plumas, y, en fin, Luis Veuillot, que, sentado en el extremo mas bajo, aspira sin entusiasmo los Olores de Paris, casi teniendo en nada su

gloria como escritor legitimista, como adalid de las ideas que pasaron y quiere importar á la Francia, á la sombra del lábaro religioso.